

Mucho sentimos lo acaecido en nuestra zona marroquí, pero confesamos que nos es más doloroso, mucho más escuchar los fundamentos de inmoralidad en que los comentaristas de todo género hacen estribar en último término tales reveses. Se habla de ambiciones desmedidas y sobre todo generales, de codicias mal reprimidas en todos los asuntos en que se atreviese interés, se comenta nuestra añeja inmortalidad administrativa, enriquecedora de caciques y de políticos arrivistas, y estos comentarios hacen subir el carmin a las mejillas y engendran el desaliento en el corazón más generoso; con elementos civilizadores de tal calaña es imposible civilizar ni el más menguado villorrio. Hace falta todo lo contrario, magnanimidad, desinterés, sacrificio. El valor que inspira el lema: *Caja o mortaja*, no basta para dar al corazón los alientos vigorosos de esta empresa de héroes y de santos que es lo que se persigue en Marruecos, si es que efectivamente se trata de civilizar; pues si así es cuanto se haga será siempre insuficiente si el amor a la Patria y a la Religión no lo inspira con hechos más que con palabras.

No olvidemos que hemos sido dueños de dos mundos y que si nuestros soldados fueron héroes, no le fueron en zaga nuestros religiosos, que por eso pudo cantar uno de nuestros poetas:

«Y desde el mar de luso a la Junquera
hubo un cetro, un altar y una bandera.»

¡¡Un altar y una bandera!!

Es indispensable que donde se hace al viento la enseña de nuestra patria se le ponga su histórico y sobrenatural soporte: el ara santa sobre la cual se inmola la víctima sacrosanta del Calvario. La fuerza rinde, pero no convence; doma, pero no atrae; conquista, pero no civiliza. El amor hace todo eso y más, porque de tal modo cautiva que hace esclavos de voluntad libérrima aherrojados con redes tejidas con atrayentes sonrisas y santas dulzuras.

¡Ay de la fuerza sin amor! ¡Ay del conquistador sin caridad! ¡Ay de la justicia sin la misericordia! ¡Ay del rico poderoso si no se compadece del pobre necesitado! ¡Ay del pueblo que trata de civilizar a otros pueblos sin llevar entre sus pertrechos de guerra el primero de todos el heroísmo que presta la religión.

Estamos muy conformes con los que dicen en Francia y en España que nuestras zonas de influencia de Marruecos deben ser invadidas por franceses y españoles respectivamente; pero ¿de qué franceses? ¿de qué españoles?

En América al dar principio a la conquista y civilización, cualquiera español era bueno, pues por muy corrompido que se le supusiera, siempre era moralmente superior a los indios paganos, esclavos y víctimas sometidas al capricho de unos cuantos déspotas; pero en Africa no es así, los mahometanos tienen su historia, su literatura, su arte, sus religiosas costumbres, sus tradiciones y, sobre todo, la secular creencia de que son *perros* los cristianos en comparación de los privilegiados hijos de Mahoma. La lucha por lo tanto es de muy distinto carácter a la realizada en América con el indio salvaje. En América, diremos en una palabra, el triunfo material llevaba envuelto el moral y religioso irresistible.